

1899, las afirmaciones del gran escritor misógino, autor de ese libro torturado, la *Sonata de Kreutzer*.

Las mujeres son débiles y no quieren confesarlo. Desde hace 60 años, la mujer baja continuamente en mi estimación. Continúa bajando. Comprendo que el feminismo constituye un problema; pero la solución de él no está en que la mujer gobierne al mundo sino en que deje de aniquilarlo. El matrimonio, lejos de traer la felicidad, engendrará siempre sufrimientos como compensación a la satisfacción de los sentidos.

Tolstoi no soporta la vida que le ha sido impuesta, su alma está triste hasta la muerte. A medida que se acumulan oposiciones en su existencia, se muestra duro, injusto para su mujer sexagenaria que representa la prosa necesaria de la existencia, mientras que él vive en plena utopía, en el reino superior de la fe. Ungido por sentimientos de asco y rebeldía, llega a escribir en su diario, al abandonar su casa, en la noche del 27 al 28 de Octubre de 1910: «No sé si me equivoco al considerar que tengo razón, pero me parece que es algo, no a León Nicolaievich sino ese algo que, por poco que sea, existe en mí».

Los escritores rusos se refieren siempre a dos principios contrarios que combaten en el alma nacional, en erronía a todo posible concierto, Apolo y Cristo. Imaginaos que lucharon siempre en el espíritu de Tolstoi el Apolo de su juventud y el Cristo de su madurez, el Hombre-Dios y el Dios-Hombre, el individuo titánico que desata sus pasiones y el cristiano que se desnuda de ellas en firme ascetismo.—FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

<https://doi.org/10.29393/At52-8NPRL10008>

La nueva poesía catalana



CUANDO se habla del renacimiento literario catalán y se le enmarca dentro de una suma determinada de años, se olvida lo principal: anotar que no ha culminado aún. Sacar una lengua del olvido y la muerte, darle flexibilidad y matices, producir creaciones del valor de un Maragall, de un Alcover, de un Ruyra, de Víctor Catalá, José Carner, López Picó y otros, constituye un esfuerzo y un fenómeno sin precedentes en la época moderna.

Verdaguer en su estro tumultuoso y rico de verbalismo coloreado, fué el revolucionario que destruyó la calma y removió

el encharcamiento de las letras catalanas. Los juegos florales, dignos siempre de simpatía y de que se les reconozca su alta misión patriótica y restauradora, conducían la poesía a un letargo. Una oleada de convencionalismo, de «versificación excesivamente fácil, de estilo declamatorio» como anota Nicolau d'Olwer. Toda la poesía catalana es una serie de tanteos que, poco a poco, empujaban sus destinos por una vía más ancha e iluminada. Desde Aribau, pasando por la frescura popular de los poemas de los dos Aguiló, hasta Mossén Cinto, la trayectoria lírica de Cataluña es una serie de vacilaciones, sin que estalle la madurez casi plena que ostentaría más tarde.

Verdaguer dió el ritmo vigoroso, rompió el aislamiento y la reclusión cenaculista, y empieza la ofensiva de la lengua catalana. A su lado está Guimerá, cuyo teatro ha hecho delirar de pasión a todos los catalanes de América y que despertó el sentido racial en las lejanas colonias un tanto olvidadas de la tierra madre. Pero toda esa sensibilidad era muy ruidosa, algo primitiva y un poco popular. Se dejaba contagiar con el oleaje fragoroso de la multitud. Verdaguer es un caso olímpico de desprecio a las fórmulas de la humildad y el recogimiento literario.

Ya anota con finura analítica el escritor Carlos Riba sobre tal aspecto de Mossén Cinto:

Verdaguer en lugar de fineza tiene tozudez; en lugar de humildad, orgullo; en lugar de desposesión del mundo, un abandono al ensueño, a las imágenes, a los placeres del espíritu.

El *Isuyo* es un caso digno de estudio de resistencia al mundo que lo rodea. Su aislamiento le dió la fuerza y la sonoridad de roca sacudida por los oleajes furibundos y esa aristación terca de su carácter. Mucho camino tendría que recorrer la sensibilidad desde su vigor «payés» hasta el lirismo puro de Carner y de Tomás Garcés, pasando por el aristocratismo de Oliver, el futurismo cósmico de Salvat Papasseit y la melancolía borrosa de López Picó.

Mientras tanto, Mallorca daba dos poetas de inspiración oriental: Alcover, cuyo desnudo verbo bíblico resplandece en imágenes resonantes y elegíacas; y Costa y Llobera, cuya obra se divide en porciones horacianas y en un paralelismo de conceptos de raíz hebraica.

Costa y Llobera es el poeta más sereno de la literatura catalana. El fondo de su temperamento está bañado de equilibrio, de bondad, de dulce y serena cortesía. Desdeñaba los ho-

nores y se negó a admitir un monumento en vida. Intelectual puro, amaba el culto desinteresado de las ideas, haciendo abstracción de las cosas materiales. Un suave desdén por lo profano acendrabá su finura religiosa, mas nunca mística. Le faltó la llama devoradora de la inquietud y su carácter corresponde al paisaje en que se recrearon sus ojos de poeta y visionario. Mallorca se fotografió en su alma y le infunde ese hábito de serenidad y una lumbre de celestial armonía. Pero, con todo, Costa y Llobera, como Alcover, fue clásico por refracción, por inspiración, no al estilo de Joan Maragall, clásico de adentro para afuera. En ningún escritor catalán apunta de un modo más agudo el sublime destello de la genialidad y de la inspiración. En Costa y en Alcover, grandes poetas sin duda, las imágenes son reflejas y hay siempre algo de aprendido en sus cantos.

Maragall es el inspirado, el genial constructor de imágenes, el poeta ajeno a la sugestión externa. Todo él fluye de adentro hacia afuera y en su obra brilla una virginidad conceptual que no es corriente. De ahí parte, a nuestro juicio, la verdadera y grande evolución de la poesía catalana. Con Maragall — como lo anotamos en otra parte — la literatura catalana se encuentra en el punto sazonado y en la curva ascendente de la gracia poética.

Miguel de los Santos Oliver hacía, por esa época, unos poemas finos, cincelados, que contenían perfumes vagos y señoriales, a la vez que recogían los ecos dispersos de las viejas mansiones mallorquinas. Gaziol ha señalado el aspecto monacal de Oliver. Sin duda en el gran estilista hay una sensualidad atemperada de abad o de monje que ama los libros y las deliciosas ediciones bien foliadas, la conversación tranquila y calmosa de las tertulias y el ocio claustral de los salones y bibliotecas. Su temperamento es mallorquín, muy insular y poco amigo de vagabundeos. Lo curioso del carácter suyo es el don de universalidad que tiene como prosista y la fuerte comprensión de su ingenio. Desbrozaba los tópicos y los hacía accesibles con la gracia de un estilo armonioso y raramente adelantado a la sensibilidad española de entonces. Tanto en imágenes como en giros y expresiones gráficas es un glorioso hermano y antecesor espiritual de esos felices buscadores de vocablos que se llaman Gabriel Miró y Ramón Pérez de Ayala. Pero el poeta queda siempre en Mallorca, en sus vetustas casonas, en las calles de fanal y retablillo descolorido por los años. Su alma se prendió en las piedras desnudas y en esos salones que acogieron a las marquesas emigradas y que comentaban el desdén de

Georges Sand. La pasión de bibliómano, los paseos calmados y las sabrosas charlas con los amigos de la tierra, tal era su felicidad.

Creieu que és una cosa que encanta
fullejar llibres de l'any quaranta...

Otras veces evoca con donaire expresivo las casas señoriales de la dormida Palma de Mallorca:

Entrades, famosos
entrades gegants,
totes harmonioses,
totes resonants,
totes habitades d'ecos vigilants;

arcades y voltes de l'antiga casa
plenes de foscor,
plenes d'emoció,
posades en guisa de decoració
per una comédia de capa i espasa;

vistosa cisterna
de ferre florit,
polsosa ilanterna,
pynya multifólia
de ferre bogit,
com una lluern
dins una magnólia
brillant en la nit,

que dúnes virreines y unes mariscales
veieres les gales
dos segles abans,
venint de les festes, tornant de la rua,
saltant de l'esvelta cadira de mans...

Este tono desvanecido, lento y señorial como un «minuetto» es lo que da el secreto de la sensibilidad de Oliver. Reflejo de las ondas de reposo de Mallorca, de la isla de la calma, como la llamó Rusiñol.

El carácter mallorquín está maravillosamente encuadrado en los poemas de Oliver y también su localismo; pero su valor general no radica en eso. El gran mérito suyo es haberse adelantado en percepción y en don imaginativo a los contemporáneos. Los reflejos de su prosa revelan un avance considerable con el casticismo chorreante y espeso de los escritos españoles de la época. Azorín, Pérez de Ayala, el seco y antiliterario Baroja, Valle Inclán y Miró tal vez han superado a Oliver; pero ninguno ha recogido mejor esa emoción íntima y secreta

de las cosas yacentes, verdaderas panoplias de olvido, cubiertas por el polvo de las edades. Sus poemas — como anotó Gaziel — son los de un poeta menor. No tuvo nada de audaz ni violento; pero nos cautiva con su gracia sencilla, su elegancia innata y el cincelado corte de las estrofas.

Después de Oliver hay otra explosión de sensibilidad en la literatura poética de Cataluña: es Salvat Papasseit.

Salvat Papasseit asimila las corrientes líricas de su tiempo y se acoge por fin al remanso creador de la verdadera poesía. Toda su existencia constituye una serie de experiencias, desbordantes de inquietud. Fué un gran plástico y en sus obras abundan las imágenes rutilantes que se clavan como dardos de oro en la sensibilidad. En un principio hacía profesión de anarquismo y asimiló la influencia de Ibsen, Gorki y Tolstoi. Nada más dañino para una mente meridional que esas brumas nórdicas. Salvat Papasseit tuvo que romper las amarras convencionales y hallar su propia expresión poética. Pero esto ocurrió mucho más tarde, cuando maduraban las imágenes y la vena creadora adquiría un carácter más humano y social.

Lo extraño de Salvat Papasseit, lo que hace admirable su intuición, es un modo muy suyo de descubrir la analogía de las cosas (1). Desde la subversión espiritual de sus primeros versos se afinó de tal manera que, en sus últimos poemas, no hay más que un canto de prolongada vibración doliente y humana. La imaginación, como saeta de fuego, no sólo hería la superficie de las cosas y del panorama vital; iba a su fondo, desgarrando la carne del sentimiento. Este poeta es menos catalán que otros. Mucho de universalismo alienta en él. Es un poeta que quiere salirse de Cataluña y volar ebrio de lontananzas. Apollinaire y Marinetti le dejaron una huella de retorcimiento y de protesta anti-convencionalista; pero acabó por desprenderse de todo ese fermento imitativo. Desde *Poemes en ondes hertzianes* (1919) hasta *L'irradiador del port i les gavines* (1921) va evolucionando hacia un mundo novísimo de comprensión y de síntesis. En el remanso semi clásico de la poesía catalana la actitud vanguardista de Salvat Papasseit marca una etapa nueva que, en partes, seguirían Tomás Garcés y Sebastiá Sánchez Juan. A su lado dominaba el sereno equilibrio de José Carner y el íntimo recogimiento de López Picó.

En nuestro breve panorama de la poesía catalana moderna, esto es, del verdadero e inacabado renacimiento, sólo te-

(1) Tomás Garcés en *Paisatges i lectures*, p. 129. 138.

nemos en vista las grandes manchas que hieren la vista y no pensamos detenernos en un recuento absoluto. Debe, pues, perdonarse lo incompleto y trunco de la visión.

José Carner es el poeta catalán más posesionado de su arte. Domina la forma y la pule deleitosamente como un severo artífice renacentista. Nada del viento del espíritu y de la inspiración volcánica e informe del gran Maragall. Carner acendra, junta, une y enlaza hábilmente.

Lleno de flexibilidad espiritual y atento a los ritmos nuevos, no se deja arrastrar por ellos y resiste a la tentación del momento poético. Severo consigo mismo, explica esto en el prólogo de *La paraula en el vent*:

La poesía lírica es un combate, el más alto del espíritu, como el de Jacob y el Ángel. Es el combate esencial entre la inspiración, que es potencialmente infinita, y el genio, que es característicamente limitado. Es el puro fenómeno que los griegos llamaban entusiasmo.

Pero otro de los méritos insignes de Carner es que anima y vivifica al paisaje y entraña en sus poemas un humorismo de raigambre británica. Ya no es un paisaje visto a través de un estado de ánimo. Es algo vital, concreto. El sensual corporifica los conceptos. Algo de eso ocurre con Carner que anima e infunde movimiento a las cosas que enfoca. No siempre ve desde un punto de vista humorístico los asuntos. Hay veces que las nubla un desconsuelo, que las enturbia un pesimismo muy enérgico.

Como en López Picó, en Carner se percibe el fondo común a la lírica catalana. Los poetas de la tierra admiran siempre sus mares, pinos y estrellas. Domina en él una nota semi-melancólica, de carácter mediterráneo. Este mar optimista y deslumbrador contiene también su nota triste, porque luego la naturaleza humana reacciona y ve que ha de acabar tan espléndida sinfonía, que los sentidos son inferiores al gozo derramado en la creación entera. La limitación del goce añade sufrimiento al goce. En todos los poetas, tanto en López Picó como en Carner, en Garcés como en Sánchez Juan, domina el tono menor, el recogimiento. Faltan vitalismo y energía cósmica. Salvat Papasseit tuvo esa palpitación universal, pero en parte su obra se malogra por las actitudes del momento. Su lirismo florecía cuando lo sorprendió la muerte.

Muy bien recoge las vibraciones de Carner y su semblanza espiritual, el crítico Nicolau d'Olwer cuando afirma:

La moda passa, y el poeta resta. Deslliurat del simbolisme, evolucionant de pressa cap a la síntesi d'una modulació formal tota italiana amb el subjetivisme romàntic dels anglesos, Carner no desdiu mai la seva forta catalanitat que el priva d'émboirar-se. El seu ironisme extreu poesia ádhuc del paisatge més esquisit i de les ànimes més grises; el seu do del llenguatge fa dringar amb accent nou cada paraula.

Pero en Carner también sobresale un gran aprovechador de la virginidad de la lengua catalana. Sabe extraerle matices y combinaciones verbales eufónicas y combina muy bien los vocablos en una especie de hondo deslumbramiento plástico. Su sensualidad lo conduce a verdaderos abusos de estilo; pero todo puede perdonársele en virtud de su gran emoción poética y de su innegable mérito artístico.

López Picó, al contrario, es más conceptuoso y ha caído en el cerebralismo. No tiene la flexibilidad espiritual de Carner, pero ha interpretado con firmeza los motivos del puerto y de la ciudad. Poeta cívico y del hogar, ha cantado en odas de intenso lirismo las cosas familiares, y en su vasto ramaje lírico siempre se nota un avance hacia la concreción.

No se sale tampoco de Cataluña ni busca la universalidad geográfica, aunque últimamente en sus poemas busca una nota más aguda y apretada de resonancia humana y profunda, a la vez que ha realizado verdaderos aciertos de traducción, de interpretación, de geografía lírica.

Junto a estos poetas se destaca un grupo de jóvenes, en quienes están puestas las mejores esperanzas de la poesía catalana. Tomás Garcés es un cantor pulcro, que se inspira en el campo, en las tradiciones folklóricas, y procura inyectar a sus versos una sanidad primitiva y simple. Carece de fuerza, pero es elegante, discreto y sugestivo. Envuelve los estados de ánimo en estrofas cinceladas y académicas, en formas pulcras y casi perfectas. Sano con sanidad honda y cristiana, es un poeta menor. Moderno y actual, no se deja llevar de los impulsos frenéticos del día. Garcés recoge en brazadas de emoción los cantos humildes, los matices campesinos, los ecos de Gerona y del Ampurdán. Desde *Vingt Cançons* (1922) pasando por *L'òmbra del lledoner* (1924) hasta *El somni* (1927) se nota un firme progreso en la seguridad técnica, en la armonía del estilo. El mar, las montañas y los ríos, la creación entera le da motivos de inspiración, que nunca adquieren una fuerza cósmica, antes bien un discreto y pausado giro melodioso:

El mar té camins de fada
blanc i rosa, Amor.
Els feia la pedra alada,
blanc i rosa, Amor.
Ves-hi, peu nu, rosa vera.
Oreig damunt la passera,
amb la tera má lleuge a
cull léstell, Amor.

El amor vibra en sus cantos y los anima cordialmente. Le da el secreto de la navidad y lo lleva por el mar y el río, que le entregan su emoción escondida. Todo es suave y placentero en este poeta, que nada tiene que ver con la edad de los grandes concursos atléticos y del «jazz».

A su lado hay un grupo de jóvenes llenos de sensibilidad y talento. Sebastián Sánchez Juna en *Constelaciones* denotó una robusta visión del mundo y una fluidez admirable, con imágenes tiernas que se caen del árbol poético sazonadas y fragantes. Mariano Manent, fino y delicado; Rosendo Llatas, algo influenciado por los líricos británicos y con una tendencia filosófica; Ana María de Saavedra, delicada sin intensidad, como un canto desteñido y melancólico; Melchor Font, poco robusto pero admirable de proporción y muy sensitivo; tales son otros de los poetas actuales que conocemos.

Ninguno tiene la energía algo «payesa» de Sagarra, ni el ritmo fuerte de Carner ni la universalidad de Salvat Papasseit, pero juntos constituyen un haz no despreciable de variada gama. Con todo, el campo poético catalán no ha florecido aún de una manera definitiva y el idioma es susceptible de vibraciones impensadas y de matices maravillosos de resonancia y sugestión. Idioma firme y casero, sabroso y enérgico, todavía espera al nuevo Orfeo que lo puede hacer resonar de un modo universal... —RICARDO A. LATCHAM.

El cálculo de números índices de precios chilenos

Ultimamente, la Dirección General de Estadística ha terminado una serie de investigaciones que había emprendido hace varios meses, con el objeto de calcular números índices de precios chilenos (1).

La importancia de estos estudios no ha sido apreciada en

(1) Véase *Estadística Chilena*, publicación oficial de la Dirección General de Estadística, Santiago 1928, N.º 11 y siguientes.